

MEMORIALES VIVOS

Paisajes para no olvidar

Memoriales vivos

Paisajes para no olvidar

Yael Zaliasnik

uah/Ediciones
Universidad Alberto Hurtado

MEMORIALES VIVOS
Paisajes para no olvidar
Yael Zaliasnik

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869 – Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl – 56-228897726
www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile por C y C impresores
Primera edición abril 2022

Los libros de Ediciones UAH poseen tres instancias de evaluación: comité científico de la colección, comité editorial multidisciplinario y sistema de referato ciego. Este libro fue sometido a las tres instancias de evaluación.

ISBN libro impreso: 978-956-357-357-2
ISBN libro digital: 978-956-357-358-9

Dirección editorial
Alejandra Stevenson Valdés

Editores ejecutivos
Beatriz García-Huidobro

Diseño interior
Gloria Barrios A.

Diseño colección y portada
Francisca Toral

Imagen de portada: Una de las pequeñas campanas que aún permanecen en la instalación *Animitas*. Fotografía de la autora.



Grupo de
Editoriales
Universitarias
AUSJAL

Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

*Amanece.
Se abre el poema.
Las aves abren las alas.
Las aves abren el pico.
Cantan los gallos.
Se abren las flores.
Se abren los ojos.
Los oídos se abren.
La ciudad despierta.
La ciudad se levanta.
Se abren las llaves.
El agua corre.
Se abren navajas tijeras.
Corren pestillos cortinas.
Se abren puertas cartas.
Se abren diarios.
La herida se abre.*

La ciudad, Gonzalo Millán

Índice

Prólogo

El lugar de la memoria y la memoria del lugar [11]

I. ADENTRO/ AFUERA

Sitios de memoria

Introducción [23]

Memorias que transitan: Vía Crucis a Villa Grimaldi [29]

La recuperación de un sitio como acto de memoria:

“Venda Sexy” [59]

II. CENTRO/ PERIFERIA

La Moneda

Introducción [93]

De sus casas a La Moneda:

un nuevo y vital recorrido para los 119 [105]

III. ABSTRACTO/CONCRETO

El desierto de Atacama

Introducción [143]

El vasto espacio en que no están, pero están:

materialidad versus abstracción en actos

de memoria en el desierto de Atacama [146]

IV. EPÍLOGO

Paisajes de luz y sombra [221]

Referencias bibliográficas [225]

Agradecimientos [237]

Prólogo

El lugar de la memoria y la memoria del lugar

Hay que abrir y poner flores en torno de esos cementerios.

Hay que abrir e ir a cantar a esos lugares.

Hay que sacarles la maldad que está metida adentro...

Censura de golpe, serie Chile en llamas,

Carmen Luz Parot

Una niña dibuja en la plaza, con su pie en la arena, un cuadrado alrededor mío y de mi amigo. “Están encerrados”, nos anuncia, “pero yo tengo la llave”. Me miro con mi amigo que, además, es su padre, y pienso si el encierro no es también mental y recuerdo a Yourcenar y su texto *Una vuelta por mi cárcel*. Me pregunto si los territorios, los mapas, los espacios son físicos o son mentales. Se cierran y abren por trazos imaginarios, a veces por símbolos, por actividades, por lo que allí ocurre... ¿Lo abre y los cierra entonces nuestra mente o también nuestra mente? ¿Nuestras vivencias? ¿Nuestros niños/sueños/pesadillas? ¿Lo que buscamos en ellos, lo que encontramos en ellos? La respuesta está delante de nosotros. El territorio no es algo netamente físico, objetivo, alejado e independiente de nosotros, del uso que le damos, de su historia, de su genealogía, de cómo lo hemos imaginado nosotros y otros muchos, de lo que allí hemos sentido, vivenciado, cambiado. Como señala Rossana Reguillo, el territorio no es un mero “contenedor de hechos sociales”, sino una “construcción social en la que se entretajan lo material y lo simbólico, que se interpretan para dar forma y sentido a la vida del grupo, que se esfuerza por transformar mediante actos de apropiación –inscribir en el territorio las huellas de la historia colectiva– el espacio anónimo en un espacio próximo pleno de sentido para él mismo” (Reguillo, 1999: 78). Y la memoria, al igual que el territorio, se constituye y construye socialmente. Por lo mismo, Maurice

Halbwachs (2004: 26) llegó a la conclusión de que la memoria es siempre colectiva¹.

La obra de Halbwachs nos permite buscar, reconocer, situar y reflexionar acerca de los hechos personales de la memoria, la sucesión de eventos individuales, los que derivan de las relaciones que nosotros tenemos con los grupos en los que participamos y aquellas que se establecen entre dichos grupos, dándose una distinción entre memoria histórica y memoria colectiva. La primera supone la reconstrucción de datos obtenidos en el presente de la vida social y proyectada en el pasado (reinventado). Sería una memoria prestada, aprendida, escrita, pragmática, larga y unificada (Candau 2002: 57). La segunda recompone el pasado por los recuerdos que un grupo lega a los individuos o grupos de individuos. La misma es muy importante para transmitir una identidad colectiva (Assmann, 2008: 23). Esta sería una memoria producida, vivida, oral, normativa, corta y plural (Candau, 2002: 57).

Joël Candau, en *Memoria e identidad*, también explica cómo se da esta dialéctica entre memoria e identidad, donde ambas se abrazan, influyen y retroalimentan. Por lo mismo, sin memoria, la identidad del sujeto se desvanece. Candau señala que “muchos de nuestros recuerdos no existen sino porque hay testigos que son su eco” (2001: 73). Para esto, son importantes los marcos sociales de la memoria, noción desarrollada por Halbwachs. Así, es un tejido colectivo el que alimenta el sentimiento de identidad. Y dentro de estos marcos, los de carácter espacial, “porque precisamente el hecho de estar establecidos en el espacio es lo que crea entre sus miembros lazos sociales” (Halbwachs, 2004, 139). Es decir, y como concluye el mismo Halbwachs, “no hay memoria colectiva que no se desarrolle dentro de un marco espacial” (2004: 144).

Esto es algo comúnmente sabido, aunque quizás algunos no lo hayan puesto en palabras, parte del conocimiento y experiencia de una memoria encarnada. El espacio físico es también, para muchos, prueba material, innegable, sólida, contundente de lo allí vivido (y muchas veces intentado negar, borrar, ignorar). Así, trabajando también en este texto, veo un día un material audiovisual que no hace sino reiterarme,

¹ En el capítulo 2 de *La memoria colectiva*, Halbwachs sostiene que la memoria solo es posible gracias a los marcos sociales de los individuos, porque uno no está nunca solo, pues pertenece a diferentes grupos, lo que hace que otros tengan recuerdos en común con uno. No existe recuerdo que no sea social.

una vez más, la constatación de estas ideas. Una mujer notoriamente emocionada apunta a un muro blanco. Es Grimilda Sánchez Gómez y el muro que muestra es parte de la Cárcel Pública de Calama, en el norte de Chile.

Sánchez le cuenta a la cámara y al documentalista Hernán Castro, y a veces pareciera que también a sí misma, lo ocurrido en aquel lugar. Ella estuvo detenida allí, donde la llevaron luego de torturarla y de hacerla presenciar la tortura de su hijo –ambos militantes del Partido Socialista– en la prisión que los militares habilitaron en la empresa Dupont (actualmente, ENAEX). La puerta, en el muro que señala, es por donde, encaramada en una mesa y a través de una ventana, vio que llegaba un grupo de militares –la tristemente conocida “Caravana de la muerte”– que sacó a once detenidos. Por la otra puerta, la principal, retirarían también a otros quince para luego fusilarlos el 19 de octubre de 1973². Entre ellos estaba Fernando Ramírez, su único hijo. El 6 de octubre ya habían asesinado a su marido, Luis Busch, junto a Francisco Valdivia y Andrés Rojas Marambio, detenidos también en el mismo lugar y condenados a muerte por un “consejo de guerra”, acusados de participar en un supuesto intento de sabotaje a la planta de explosivos Dupont.

En 1990, Sánchez regresa a Chile desde Francia, país que la asiló en un rápido movimiento por salvarle la vida. Vuelve a Calama, donde ya había regresado en 1986 para retirar clandestinamente el cuerpo de su marido del cementerio. Ahora va a la cárcel, desde donde recuerda y hace memoria³. Vivió en Estrasburgo, donde llegó luego de muchas gestiones pues, en otro “consejo de guerra”, también fue condenada a muerte. A través de sus recuerdos, se percibe la importancia del lugar como señal tangible de lo ocurrido (lo que se ve también en muchos otros testimonios, algo similar con lo que ocurre, asimismo, con los objetos o con los restos óseos de sus seres queridos)⁴ y también para detonar la memoria. Los lugares entonces son también nodos mnémicos (o, mejor dicho,

² De esos 26 hombres, David Silberman, quien era gerente general de Cobre Chuqui, ingeniero civil y militante del Partido Comunista, fue enviado a la Penitenciaría en Santiago. Un año después fue secuestrado de allí por agentes de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), la policía secreta de la Dictadura entre 1973 y 1977, y hecho “desaparecer” hasta el día de hoy.

³ En material reunido por Castro y también entrevista personal, en el 2015.

⁴ “Para quienes viven con el dolor de los duelos no realizados, las prendas de sus seres queridos alcanzan un valor de reliquia: son veneradas, consagradas; están en lugar de los ausentes”, explica Ileana Diéguez (2016: 358).

nodos topomnémicos), especies de engramas que detonan el recuerdo, el sentimiento. Como ya lo sostenía la *ars memoriae* o *ars memorativa*, cuya fundación se le atribuye al poeta griego Simónides, quien vivió en el siglo VI a. de C., existe una relación bastante estrecha entre espacios y memorias. Aunque en esa época esta relación se enfocaba principalmente en cómo esto facilitaba la recordación, hoy la espacialización del recuerdo va de la mano, como ejemplificamos, con una necesidad de “materializar” la memoria (Jelin, 2000; Semprún, 2004; Groppo, 2001), de anclarla para que, de alguna manera, ella se constituya allí (y el espacio, a su vez, la evoque y construya).

De ahí también el afán por colocar placas o nombrar sitios de memoria en distintos lugares que fueron escenarios de diversos acontecimientos históricos de cada sociedad. En el caso de las Dictaduras en el Cono Sur de América Latina, cada país ha desarrollado sus propias políticas –o falta de políticas– al respecto en un territorio siempre difícil e incómodo como es el de la memoria y, en especial, la memoria de estos eventos traumáticos para la ciudadanía, donde además el Estado ha sido directamente responsable de las políticas de terror que marcaron dicha época. En este aspecto, muchas organizaciones y actores han ido descubriendo en la práctica que, para “desencapsular” la memoria⁵ y colectivizar así su responsabilidad y su ejercicio, tanto o más importante y eficaz que marcar con memoriales y placas, es desarrollar allí ciertas actividades corpóreas, colectivas y ritualizadas que permitan que esta se vaya “anclando” a determinados espacios (y viceversa). Esto, a través de cuerpos que transitan en ellos realizando distintos actos simbólicos cada año, por medio de los cuales las memorias se corporizan en sus activos participantes.

El lugar se transforma así en espacio, en la concepción de Michel de Certeau, quien define los espacios como “lugares practicados” (2000: 129). Para este autor, los lugares implican una indicación de estabilidad, mientras que los espacios, por su parte, son entrecruzamientos de movi- lidades. Explica:

⁵Creo que entre los riesgos de que la memoria se institucionalice, por ejemplo, a través del nombramiento de ciertos inmuebles como “sitios de memoria” y que su administración la lleven algunas personas, es que las actividades tiendan a hacerse “puertas adentro”, no solo espacialmente, sino en relación con sus participantes, quienes suelen ser los sobrevivientes y familiares, existiendo, a veces, grandes dificultades para incorporar y llegar a más personas.

Espacio es el efecto producido por las operaciones que lo orientan, lo circunstan, lo temporalizan y lo llevan a funcionar como una unidad polivalente de programas conflictuales o de proximidades contractuales (2000: 129).

Así, por ejemplo, Grimilda Sánchez junto a otros familiares de quienes fueron asesinados tras el paso por Calama de este “escuadrón” del Ejército, encabezado por Sergio Arellano Stark, realizan una serie de actividades que culminan en un acto emotivo, profundo y simbólico, cada 19 de octubre en la noche, en el memorial que tienen en el desierto, en el lugar donde, tras décadas de búsqueda, encontraron los pocos restos de los cuerpos sin vida de sus familiares asesinados, que cayeron de una retroexcavadora que se llevó los cadáveres a un lugar aún ignoto (“el mar” les han dicho, pero ellos se niegan a creer). Asimismo, hay actos de memoria ya ritualizados en muchos otros lugares, algunos de los cuales analizaré en este libro. Escogí tres espacios para ver cómo en ellos, a través de distintas actividades y con muchos elementos de teatralidad⁶, se relacionan e inscriben mutuamente memorias y espacios, buscando prácticas que, de alguna manera pretenden “abrir” dichas memorias. Esto, en espacios tan diversos como el desierto de Atacama, La Moneda y determinados actos en/sobre lugares que son o se quiere que sean “sitios de memoria” (también llamados “sitios de conciencia”)⁷, como Villa Grimaldi y “Venda Sexy”, que creo que “abren” y “mueven” de cierto modo dichas memorias (y espacios) en lugar de encapsularlas (los), de encerrarlos, de compartimentarlos; en alguna manera, de “privatizarlos”.

Estos lugares, hoy “practicados” a través de diversas expresiones de memoria, nos llevan a plantear una serie de preguntas posibles de englobar varias de ellas en la siguiente: ¿cómo es que se inscriben las

⁶ La teatralidad es definida por la académica canadiense Josette Féral, como “un acto de transformación de lo real, del sujeto, del cuerpo, del espacio, del tiempo, por lo tanto un trabajo a nivel de la representación; un acto de transgresión de lo cotidiano por el acto mismo de la creación; un acto que implica el cuerpo, una semiotización de los signos; la presencia de un sujeto que pone en su lugar las estructuras de lo imaginario a través del cuerpo” (2004: 104).

⁷ Edificaciones utilizadas durante las Dictaduras del Cono Sur como casas o campos clandestinos de prisión, tortura y muerte. Una vez recobradas las democracias o pseudodemocracias, algunas de ellas han sido visibilizadas, generalmente por miembros de la sociedad civil vinculados con víctimas de violaciones de los derechos humanos en esa época, para solicitar al Estado, en el caso chileno, su declaración como Monumento Histórico con la idea de que sean entregados en comodato a los grupos que solicitaron su uso (Piper y Hevia, 2013).

memorias en los espacios y cómo es que los espacios marcan, evocan, materializan las memorias? Podemos esbozar una respuesta posible dentro de un universo mayor: a través de las narraciones, de cómo los relatos inscriben, moldean, transforman los lugares. Las teatralidades habitan dichos relatos y, por lo mismo, son clave, dentro de esta visión, para construir y elaborar allí y con dichos espacios y sus narraciones, memorias culturales.

Con sus políticas, actividades, semiótica; con los “guiones” que colaboran en escenificar, los distintos espacios de memoria cumplen o pueden cumplir un papel parecido a los contra-monumentos, para evitar la museificación, la monumentalización de la memoria, en un lugar y artefacto fijo e inamovible que libere las conciencias (Young, 1993 y 2000) y, con ello, fomentar el ejercicio siempre activo, dinámico y performativo de hacer memoria. El artista alemán Horst Hoheisel alguna vez dijo, refiriéndose a los monumentos, que estos están vivos mientras se discute sobre ellos, a lo que pretende colaborar este texto, no solo en cuanto a su contenido, sino además apuntando a lo que las expresiones analizadas hacen o pueden hacer en nuestra sociedad, lo que presentan y re-presentan, lo que escenifican, su eficacia performativa, su manera de abrir, movilizar, destacar, debatir, construir las memorias a través de distintas acciones.

Los actos en los espacios estudiados re-presentan de alguna manera diádas de adverbios y/o adjetivos relacionados con el lugar, aparentemente encontrados, opuestos, enfrentados que son centrales para entender cómo estos lugares y las memorias que portan, evocan, construyen y colocan en común, se practican. Así, por ejemplo, el Vía Crucis que cada año se hace hasta Villa Grimaldi nos recuerda las luchas de las memorias por mantenerse plurívocas, móviles, dinámicas, vivas. Esto, a pesar de los intentos por fijarlas y encerrarlas, por encasillarlas y compartimentarlas. Tanto este acto como las actividades para recuperar “Venda Sexy” como sitio de memoria, así como el poema al inicio de este libro y el epígrafe con que comienza este prólogo, hablan de la necesidad de “abrir” las memorias y su ejercicio, de compartirlas con más personas, de discutir, de sacarlas de reductos cerrados donde se las ha intentado fijar y aislar para que recuperen su sitio central, compartido y común a todos los miembros de nuestra sociedad. Los adjetivos “central” y “periférico”, posibles de aplicar evidentemente en las acciones que se realizan frente y alrededor de La Moneda (y menos evidentemente, en muchos otros actos

y enfrentamientos entre distintas memorias), también se oponen y anulan como imposibilidad de enfrentarse, dejando constancia, más bien, de una continuidad que habla del poder y potencial de distintos escenarios que marcan algunas memorias y las enfrenta, de luchas por mantener ciertas memorias subterráneas⁸ y otras como oficiales. Por último, en la inmensidad del árido desierto de Atacama, a través de dos expresiones de memoria, se presenta otra dicotomía (que no es sino la misma, claro), muy común en las distintas discusiones sobre las memorias y su materialización, donde el impulso por abrir puede llevar también a estas expresiones a un punto donde sea necesario discutir, entender y analizar lo abstracto y universal, frente a lo concreto y particular.

De cierta manera, los lugares, al ser practicados, construidos y habitados a través de actividades con diversos elementos de teatralidad, se constituyen en especies de bisagras asimismo entre lo privado/íntimo (las experiencias, los testimonios de los testigos directos) y lo público (son memorias que se comparten y construyen también de manera colectiva, relacional). Es decir, ilustran, igualmente, el proceso según el cual la memoria comunicativa, basada en testimonios directos, deviene en cultural⁹, mientras los cuerpos presentes acogen e inscriben a los ausentes, que han sido privados de sus cuerpos. En el tema de los detenidos desaparecidos el espacio es, por lo mismo, una dimensión central, irresuelta. Ya en la época evocada (y muchas veces tristemente hasta el día de hoy), los familiares buscaban primero desesperadamente saber dónde estaban y, luego, sus cuerpos para enterrarlos y tener, por lo menos, un lugar donde colocarles flores, donde irlos a visitar, donde recordar. El hecho de no encontrarlos alimenta la idea de todo el país, e incluso el continente, como un gran espacio de memoria. Chile como una tumba “y el universo la tumba de una tumba”, como escribió Zurita en su poema *Pastoral* (1982: 106). No obstante, necesitamos lugares concretos, que se transformen en espacios a través de actos corpóreos en tiempo presente.

⁸ Memorias a las que se refiere Michael Pollak en su libro *Memoria, olvido, silencio*, que son parte integrante de las culturas minoritarias y dominadas, y se oponen a la “memoria oficial” (2006: 18).

⁹ La memoria comunicativa es transmitida por testigos directos de los hechos históricos, quienes los han presenciado o experimentado. Su ventaja es que está en contacto directo con los acontecimientos; su inconveniente, que es de corta duración (dura lo mismo que la vida de los sobrevivientes). Para conservarla y prolongarla, cuando comienzan a desaparecer los testigos directos, debe ser asumida por la sociedad.

En y a través de los espacios, mediados por la teatralidad, se construyen y elaboran memorias que, de comunicativas, devienen en culturales. Esto solo es posible al considerar y conceptualizar la memoria como práctica, la cual utiliza para ello distintos elementos propios del teatro, si elegimos este lente específico para aproximarnos y percibirla. Ello nos permite reparar y recuperar su dimensión social y profundizar también en los componentes estéticos y semióticos de su representación, pero nos lleva especialmente a enfocarnos en distintas aristas de la representación espacial de la memoria, en cómo ambos –memoria y espacio (mediados por la teatralidad)– se afectan (en la doble acepción de este verbo, que apela a las emociones y se constituye además en un factor de cambio o transformación, ya sea de uno de ellos o de los dos). Ambas acepciones están también presentes en muchos dichos comunes relacionados con el lugar. Así, “ponerse en el lugar” tiene que ver con el arte de la *timopeia* o la emoción, con el afecto relacionado con la empatía que, de esta manera, se describe de una manera también geográfica y, en relación con la memoria, se vincula con aquel estrato que la estadounidense Marianne Hirsch denomina “heteropático” (1999: 8)¹⁰. Algo “fuera de lugar” es un acto que, al contrario, demuestra una distancia insalvable con lo que ocurre. Y “tener un lugar” es una ambición de incorporarse a un territorio con lo que ello implica¹¹.

Porque si bien De Certeau sostiene que la memoria es una especie de antimuseo dado que no es localizable (2000: 120), es posible vincularla y reactualizarla a través de actos corpóreos, artísticos y/o ciudadanos que se realizan, por distintas razones, en algunos lugares específicos. Como señala a su vez Candau:

Topófilas y toponímicas, la memoria y la identidad se concentran en *lugares* y sobre todo en lo que llamaremos “lugares destacados”, lugares que casi siempre tienen un nombre, y que se constituyen refugios y referencias perennes percibidos como otros tantos desafíos al tiempo (2001: 152).

¹⁰ Esta memoria permite “sentir y sufrir con el otro”, es decir, en ella la “empatía” se da con mucha gente. Es un concepto que Marianne Hirsch toma de Kaja Silverman, quien lo obtiene, a su vez, de Max Scheler.

¹¹ Lo que se vincula con el concepto de “territorialidad”, esto es “la forma de relacionarse con el espacio de vida que establece el sujeto”. Raffestin citado en Reguillo y Godoy (2005: 160).

Entre estos, hay lugares de memoria que aluden directamente al pasado, explícitamente, pues ellos mismos son objetos con pasado, no hay una mediación simbólica, o la hay, pero en un sitio que es, en sí mismo, un símbolo y un lugar ya practicado, por ejemplo, por lo que ha ocurrido en ese escenario, por lo cual los distintos elementos de teatralidad son procedimientos que solo le dan visibilidad, evocando y recordando el pasado y ligándolo con los demás tiempos verbales. En cambio, otros escenarios parecen más aleatorios en cuanto a las razones para que algunos actos ocurran precisamente allí. Por lo mismo, en ellos, los procedimientos estéticos generan símbolos y una experiencia que pretende, de alguna manera, marcar un lugar con esta misma vivencia, única y cargada de sentido. Todo mucho más figurativo y abstracto hasta (e incluso después de) que se da ese acontecimiento en el presente que, de cierta forma, lo pretende marcar.

En ambos casos, en la conceptualización del mismo De Certeau, se estarían practicando los lugares para transformarlos en espacios, aunque algunos ya lleven consigo una carga simbólica importante por lo que se sabe de lo que allí ocurrió. En ellos, distintos cuerpos se manifiestan, mueven, re-mueven, con-mueven, moviendo también los relatos sobre las memorias de la época y construyendo, elaborando y reactualizándolas en el presente. Practicarlos es habitarlos, realizar allí distintas actividades, conocerlos y darlos a conocer, abrirlos y movilizar sus historias y lo que ahí ocurre, apropiarnos de alguna manera de ellos, incorporarlos con nuestra presencia, pensamientos y movimientos a nuestra cartografía, vivirlos, transformarlos y, sobre todo, permitir que ellos también nos habiten, vivan y transformen.